

Miróte Motecuhzoma con espanto; era el primer castellano muerto visto por sus ojos, y con aquellas rígidas facciones reconoció á los hombres blancos y barbudos, ofrecidos en las antiguas profecías; quedaba convencido de no ser inmortales los extranjeros, mas tenía los todavía por divinos, por su naturaleza y valentía, supuesto no haber podido ser vencidos en tan corto número. Horrorizado hizo le quitaran de la vista aquella reliquia, mandando no se pusiera en templo alguno de la ciudad, sino en otro distante. (1) Todo esto había acontecido antes de la entrada de los castellanos en México, y encontrado el pretexto, tomada la resolución, pareció á todos tan peligroso llevarlo á cabo, que "toda la noche estuvimos con el padre de la Merced, rogando á Dios que lo encaminase para su santo "servicio." (2) Al día siguiente, señalado para la empresa, lunes catorce de Noviembre, á la cuenta de Cortés, ó sean seis días después de aposentados los castellanos en la capital, algunos tlaxcaltecas y españoles informaron al general, estar disponiéndose Motecuhzoma para la guerra, á cuyo intento pensaba poner por obra quebrar las puentes de las calles. (3) Iba esto conforme con las aseveraciones de los soldados, asegurando se desvergonzaban los mayordomos no trayendo tan cumplidos mantenimientos como antes, y con las de los tlaxcalteca haciendo entender notaban ciertos aprestos hostiles. Muy temprano, además, llegaron secretamente dos indios de Tlaxcalla, trayendo una carta, en la cual el comandante de la Villa Rica participaba, haber muerto Juan de Escalante y otros seis soldados de resulta de sus heridas, á consecuencia de lo cual, si antes los tenían por dioses, ahora conocen ser mortales y poder ser vencidos, por cuya causa se les descomiden así México como totonaca, les pierden el respeto, y no saben cual remedio tomar. La noticia en realidad era alarmante; indispensable se hacia tomar pronto remedio.

(1) Bernal Díaz, cap. XCIV.
 (2) Bernal Díaz, cap. XCIII.
 (3) Ixtlixochitl, Hist. Chichim. cap. 85, MS.—A este propósito escribe: "Y hablando segun una carta original, que tengo en mi poder, firmada de los tres cabezas de la Nueva España, en donde escriben á la magestad del emperador nuestro señor (que Dios tenga en su santo reino), disculpan en ella á Motecuhzoma y á los mexicanos de esto y de lo demás que se les arguyó, que lo cierto era, que fue invención de los tlaxcaltecas y de algunos de los españoles, que no veían la hora de salirse, de miedo de la ciudad, y poner en cobro innumerables riquezas que habían venido á sus manos."

"En fin de más razones fué acordado que aquel mismo día de una manera y de otra se prendiese á Montezuma, ó morir todos sobre ello." (1) Al efecto, el ejército entero se puso sobre las armas, quedaron ensillados y enfrenados los caballos, la artillería á punto. Pedida licencia á Motecuhzoma para visitarle, y obtenida, Cortés se dirigió al palacio con los capitanes Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Juan Velázquez de León, Francisco de Lugo y Alonso de Avila, todos cubiertos con sus armas, en las encrucijadas de las calles colocáronse disimuladamente pelotones de peones, mientras otros, de dos en dos, ó de tres en tres, como paseantes curiosos se dirigían al palacio mismo, apostándose en las puertas y patios, procurando no causar sospecha alguna.

Como de costumbre, el emperador se adelantó en su sala á recibir á Cortés y á sus capitanes, conduciéndolos al estrado para darles asiento. Por medio de los intérpretes Aguilar y Marina se empeñó la conversacion hablando de cosas indiferentes, risa y placer; el dadivoso monarca obsequió á sus huéspedes con joyas de oro, como siempre hacia, y para estrechar sus relaciones con los blancos, á ejemplo de lo ejecutado por los totonaca y de Tlaxcalla, dió una de sus hijas por esposa á Cortés, y otras hijas de señores á los capitanes presentes. (2) Admitidos los dones, cuando el general calculó estar cumplidas sus órdenes y en sus puestos los soldados, tomando un aire severo se dirigió al emperador diciéndole, "ya estoy informado de lo acontecido en Nautla y de los españoles que allá han sido muertos; Cuahpopoca, autor del daño, ha dicho no haberlo podido excusar, pues fué por mandato vuestro, yo no lo creo así, y sin duda lo dice Cuahpopoca para disculparse, pareceme que debéis enviar por él y por todos los señores culpados en aquellas muer-

(1) Bernal Díaz, cap. XCIII.

(2) Cortés, cartas de relac. pág. 85. D. Hernando no dice una palabra acerca de si aceptó ó no la dádiva de la hija del emperador: juzgamos haber aceptado, así porque en aquellos momentos procuraba captarse la voluntad del monarca, como por su conducta posterior. Gomara Crón., cap. LXXXIII, dice que la tomó porque no fuera afrenta á Motecuhzoma, "mas díjole que era casado y que no la podía tomar por mujer, ca su ley de cristianos no permitía que nadie tuviese más de una mujer, "so pena de infamia y señal en la frente por ello."—Adelante volyeremos sobre este punto, cuando de ello haga mencion Bernal Díaz.

tes, para saber la verdad y castigarlos, á fin de que mi rey sepa vuestra buena voluntad, y no sea que por el dicho de estos malos en lugar de las mercedes que os mandaría hacer, le provoquen á ira y os mande hacer daño. (1) Al oír semejante acusación, Motecuhzoma quedó aterrado, respondiendo no haber mandado tal cosa, ni haber nunca dispuesto tomasen armas contra los blancos, en prueba de lo cual inmediatamente iba á mandar traer á los guerreros acusados, inquiriría la verdad y castigaría á quien resultara con culpa. Uniendo á la promesa el efecto, llamó á ciertos nobles de su servidumbre, á quienes entregó el sello real que al brazo tenía atado, mandándoles fuesen luego á Nauhltla, trajesen á Cuahpopoca y á cuantos hubiesen sido en la muerte de los castellanos, y si resistiesen los tomasen por fuerza, acudiendo á las guarniciones de las provincias cercanas. (2)

Dada satisfaccion tan cumplida y pronta, parecía no quedar motivo alguno para pasar adelante; pero salidos apenas los mensajeros, D. Hernando se encaró de nuevo al monarca, diciéndole: os agradezco la diligencia que poneis en la prision de esos malos, porque yo tengo de dar cuenta á mi rey de los castellanos; mas para darla, es preciso que os vayais conmigo á mi posada, hasta tanto la verdad se aclare y se sepa ser sin culpa vuestra; os ruego no recibais por ello pena, porque no vais como preso, sino con toda vuestra libertad, sin poner os impedimento en vuestro mando y señorío; escoged cuarto en mi aposento, pues ahí estareis á vuestro placer, y ninguno os dará pena ni enojo, y ántes bien, los de mi compañía os servirán en cuanto mandáreis. (3) Indignado Motecuhzoma á semejantes palabras, respondió con entereza: "No es persona la mía para estar presa, y ya que yo lo quisiese, los míos no lo sufrirían." (4) Siguió la porfía, rogando ahincadamente los blancos, resistiendo con obstinacion el monarca. La conferencia se había prolongado

(1) Cartas de Relac. en Lorenzana, pág. 85.

(2) Acerca del sello real, Cortés, pág. 85, dice: "una figura de piedra pequeña, á manera de sello, que él tenía atado en el brazo."—Bernal Díaz, cap. XCV: "y luego en aquel instante quitó de su brazo y muteca el sello y señal de Huichilobos, que aquello era cuando mandaba alguna cosa grave é de peso para que se cumpliese."—Xtlixochitl, cap. 85: "y se quitó del brazo una rica piedra donde estaba esculpido su rostro (que era lo mismo que un sello real)"

(3) Cortés, cartas de relac., pág. 86.

(4) Relac. de Andrés de Tapia, apud García Icazbalceta, pág. 579.

por cuatro horas, é impaciente al cabo Velázquez de Leon, con rostro fiero se volvió á D. Hernando diciéndole: "¿Qué hace vuestra merced ya con tantas palabras? ¿O le llevamos preso, ó le daremos de estocadas; por eso tornadle á decir que si da voces ó hace alboroto, que le matareis: porque más vale que desta vez aseguremos nuestras vidas ó las perdamos." Motecuhzoma no entendió aquellas frases, mas en el tono de la voz y en los gestos comprendió la amenaza, y preguntó á Marina cuál cosa había dicho el enojado capitán: la india le tradujo el discurso, añadiendo de propia cosecha: "Señor Montezuma, lo que yo os aconsejo es que vais luego con ellos á su aposento sin ruido ninguno; que yo se que os harán mucha honra, como gran señor que sois, y de otra manera aquí quedareis muerto, y en su aposento se sabrá la verdad." Motecuhzoma tuvo miedo, conocía capaces á los blancos de cumplir cuanto en aquella línea ofrecían; sin defensa alguna estaba en manos de sus huéspedes; inútil sería el socorro que pidiera, pues más cerca estaban los aceros castellanos; preciso era resignarse queriendo salvar la vida. Bajo la impresión del miedo insistió, diciendo á Cortés: "Señor Malinche, ya que eso quereis que sea, yo tengo un hijo y dos hijas legítimas; tomadlas en rehenes, y á mí no me hagais esta afrenta; ¿qué dirán mis principales si me viesen llevar preso?" A lo cual respondió el general: "Vuestra persona ha de ir con nosotros y no ha de hacerse otra cosa" (1) A tan perentoria réplica el monarca inclinó la cabeza agobiado por su fatal destino, ofreciendo ir al cuartel. Entonces le colmaron de caricias los blancos, reiterándole los ofrecimientos de consideracion y buen trato; previniéronle sí, dijese á los suyos tomaba esta resolucion por mandato de Huitzilopochtli y consejo de los papas, que aquietase á los capitanes y soldados de su guardia y sosegase el alboroto del pueblo, siempre con la indicacion de irle en todo ello la vida. A cosa de las tres de la tarde pidió el monarca sus andas, trajéronlas los nobles silenciosos y llorando, pusieron en ellas á su amo, y custodiados por los blancos siguieron tristemente por las calles, entrando al fin en el palacio de Axayacatl. Dió el pueblo sintomas de alarma, sosegada pronto por orden del emperador. (2)

(1) Bernal Díaz, cap. XCV.

(2) Cartas de relac. pág. 85-86.—Bernal Díaz, cap. XCV.—Oviedo, Hist. de las Ind. lib. XXXIII, cap. VI.—Relacion de Andrés de Tapia, pág. 579.—Gomara,

Moteczuhzoma había dejado de ser rey, salta de su palacio para no tornar. El orgulloso, el déspota, el semidios, se había transformado en cautivo de los barbudos teules. De la encumbrada altura que ocupaba, había descendido á arrastrarse por el cieno, de cobarde apego á una vida que ya tenía perdida al entregarse á los blancos. Ningun rey de los victoriosos de México se habría dejado aprisionar impunemente en su palacio, y en idénticas circunstancias, preferiría salir despedazado á dejarse llevar por sus enemigos. Moteczuhzoma es una figura innoble. Repetidas veces por medio de los embajadores prometiéndole Cortés pagarle sus favores "con buenas obras;" con creces le cumplió la palabra. Si como hombre y caballero hubiera faltado en sus tratos con un europeo, D. Hernando se hubiera avergonzado de sí propio; pero se trataba de un idólatra, de un bárbaro, de un indio, y tanta superchería la aceptaba como agudezas del ingenio. La prision de Moteczuhzoma como rasgo de audacia, asombra; como hecho pérfido, irrita. (1)

La ciudad dió síntomas de amotinarse, mas como el monarca mandara sus emisarios con órdenes á todos de permanecer tranquilos, reapareció aparentemente la calma, si bien desde entónces quedaron perturbados los ánimos. Moteczuhzoma fué aposentado en el cuartel en una vivienda cercana á la de Cortés, la cual fué decorada como el palacio estaba, siguiéronle sus mujeres y servidores, trayéndole además cuanto podía hacerle falta por estar á ello acostumbrado. Cortés y los Castellanos le hacían comedimientos, tratándole en manera de darle placer; le acompañaban sus palaciegos, y le veían cuantos querían, pues las puertas de la prision estaban francas. Muchas veces sus parientes y principales nobles le consultaron para sacarle de ahí, á lo cual respondía, haber determinado por su volun-

Crón. cap. LXXXIII.—Herrera, Hist. General, déc. II, lib. VIII, cap. III.—Torquemada, lib. IV, cap. L.—Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 85 MS.—Clavijero, Hist. antigua, tom. 2, pág. 71 y sig.

(1) "Puesto que otras veces hablando con él en México en conversacion, diciéndole yo con qué justicia y conciencia había preso á aquel tan gran rey Moteczuma y usurpándole sus reinos, me concedió al cabo de todo y dijo: *Qui non intrat per ostium fur est et latro*. Entónces le dije á la clara, con palabras formales: "Oigan vuestros oídos lo que dice vuestra boca," y despues todo se pasó en risa, aunque yo lo lloraba dentro de mí, viendo su insensibilidad, teniéndole por malaventurado." Casas, Hist. de las Ind. lib. III, cap. XCVI.—Las palabras latinas pronunciadas desenfadadamente por Cortés quieren decir.

tad permanecer algunos dias con los blancos, que por ello no se enojasen ni insurreccionasen, pues aquella era la voluntad de Huitzilopochtli, á él comunicada por los papas que con el dios lo habían hablado. Poco se resintieron la etiqueta de la corte y el servicio personal del monarca. Recibía á los embajadores de las provincias, dirimía los casos de justicia, daba consultas á los sacerdotes y magistrados, obrando en todo cual si estuviera en el libre ejercicio de su autoridad. Solo que guardias vigilantes le acechaban de continuo haciendo imposible su evasion; velaba delante del palacio Andrés de Monjaraz con sesenta peones, mientras Rodrigo Alvarez Chico cuidaba el lado opuesto con igual número de soldados, los cuales se mudaban haciendo sus cuartos de veinte en veinte. Los indios procuraban poner en salvo á su señor horadando las paredes y poniendo en práctica algunas estratajemas. (1)

Quince ó veinte dias despues de la prision del emperador, es decir, hácia principios de Diciembre, llegaron á México los comisarios de Moteczuhzoma, trayendo á Cuauhpopoca, al hijo de éste y quince nobles más: aquel jefe, señor de Coyohuacan, entró en la ciudad sobre unas andas llevadas á hombros de sus vasallos, y acompañado de muchos nobles: llegado á la puerta del cuartel se bajó del vehiculo, se descalzó, cubrió sus vestidos con una manta burda de nequen, y esperó á ser llamado; introducido á la presencia del monarca le dijo: "Muy grande y muy poderoso señor mio, aquí está tu esclavo Cuauhpopoca que has mandado venir, mira lo que ordenas, porque tu esclavo soy y no podré hacer otra cosa que obedecerte." Moteczuhzoma respondió con serenidad: "que lo había hecho mal en matar sobre seguro á los castellanos y decir que él lo había mandado, y que así sería castigado como traidor á los hombres extraños y á su rey." Quiso el reo disculparse, mas sin ser escuchado fué puesto con sus compañeros en manos de Cortés. (2)

D. Hernando mandó poner en prisiones á los culpados, y procediendo en su pesquisa preguntó á Cuauhpopoca si era vasallo de Moteczuhzoma; el guerrero contestó tranquilo: "¿Pues hay otro señor en el mundo de quien poderlo ser?" Aquella franca respuesta

(1) Bernal Díaz, cap. XCV.—Cartas de relacion, pág. 86.—Herrera, déc. II, lib. VIII, cap. III.

(2) Herrera, déc. II, lib. VIII, cap. IX.

debió llamar la atención del juez. Interrogados todos acerca de si habían dado muerte á los españoles, respondieron que sí; preguntado si ello había sido por mandato de Motecuhzoma, contestaron que no. (1) No obstante, Cuauhopoca, su hijo y los quince nobles fueron sentenciados á ser quemados vivos.

El día de la ejecución entró Cortés en la cámara de Motecuhzoma y dijo á éste: "Ya sabes que me has negado no haber mandado á Cuauhopoca, que matase á mis compañeros, no lo has hecho, como tan gran señor que eres; y habiendo tú sido causa que los míos hayan muerto, y Cuauhopoca también, con su hijo y tantos de los suyos, si yo no tuviera consideración al amor que has mostrado á mi rey, y á mí en su nombre que de su parte he venido á visitarte, merecías pagar con la vida, porque la ley divina y humana quiere, que el homicida, como tú eres, muera. Pero porque no quedés sin algún castigo, y tú y los tuyos sepais cuánto vale el tratar verdad, te mandaré echar prisiones." Al escuchar semejantes palabras, el emperador quedó muy turbado sin acertar á decir cosa; disculpóse de nuevo, y dejóse poner á los pies mientras D. Hernando le volvía la espalda. El abatido monarca, en su estéril dolor no sabía más de llorar; atónitos los nobles que le acompañaban lloraban también silenciosas lágrimas, puestos de hinojos sostenían con sus manos las prisiones y metían por los anillos mantas delgadas para evitar tocasen á las carnes; no atinaban á tomar ningún partido, de miedo de ver perecer á su señor. (2)

(1) Cartas de relac. pág. 87. D. Hernando escribe: "E assi mismo les pregunté, si lo que allí se había hecho si había sido por su mandado (del emperador), y dijeron que no, aunque despues, al tiempo que en ellos se ejecutó la sentencia, que fuesen quemados, todos á una voz dijeron, que era verdad que el dicho Motecuhzoma se lo había enviado á mandar, y que por su mandado lo habían hecho."—Nos permitimos dudar de la palabra del terrible pesquisidor. El temor de la muerte no era parte en aquellos guerreros para hacerles cambiar de dicho, sobre todo cuando iban irremisiblemente á morir, y cuando ni la misma promesa de la vida les habían hecho faltar al respeto ni á la obediencia de su señor. Cortés había puesto los ojos en este pretexto para paliar su conducta, y no era fácil de dejara ir de la mano; el procedimiento dependía de su voluntad, y los reos dirían cuanto á él conviniese, supuesto el ciego obediencia de la intérprete Marina.—Segun la carta referida, (dice Ixtlixochitl, Hist. Chichim. cap. 86. MS.) y las relaciones mexicanas, no tuvo culpa, sino que por ciertos agravios y demasías que los cuatro españoles hicieron, fueron muertos por los naturales de aquellas partes."

(2) Herrera, dec. II, lib. VIII, cap. IX.

La ejecución tuvo lugar delante del palacio de Motecuhzoma, en la plaza ante el atrio del templo. Las hogueras estaban compuestas de las armas sacadas de los almacenes del teocalli y del Tlacochcalco, escudos, saetas, lanzas, varas arrojadizas, espadas, quebrado todo previamente, siendo en todo cuarenta carretadas; de esta manera se privaba de defensa á los guerreros de la ciudad. Los castellanos á punto de guerra cuidaban del orden. Cuauhopoca, su hijo y los quince nobles fueron sujetos de pies y manos á firmes postes; aplicóse la llama al combustible y los guerreros desaparecieron entre las llamas y los remolinos del humo, dejando sus cenizas entre los carbones. (1) El pueblo presenció mudo y asombrado la catástrofe, no tanto por la novedad del espectáculo, cuanto por el atrevimiento de los blancos al hacer aquella justicia, tolerada y permitida por el aprisionado emperador.

Despues de aquel acto, bárbaro como todo sacrificio humano, D. Hernando tornó á la cámara de Motecuhzoma con cinco capitanes, por sus manos quitó los grillos al monarca y dijo: "Que no solamente lo tenía por hermano, sino en mucho más, é que como es señor y rey de tantos pueblos y provincias, que si él podía, el tiempo andando lo haría que fuese señor de más tierras de las que no había podido conquistar ni le obedecían; y que si quiere ir á sus palacios, que le da licencia para ello; y desfaselo Cortés con nuestras lenguas, y cuando se lo estaba diciendo Cortés, parecía se le saltaban las lágrimas de los ojos al Montezuma; y respondió con gran cortesía que se lo tenía en merced, porque bien entendió Montezuma que todo era palabras las de Cortés; é que ahora al presente, que convenía estar allí preso, porque por ventura, como sus principales son muchos, y sus sobrinos é parientes le vienen cada día á decir que será bien darnos guerra y sacallo de prisión; que cuando le vean fuera le traerán á ello, é que no quería ver en su ciudad revueltas; é que si no hace su voluntad, por ventura querrán alzar otro señor; y que él les quitaba de aquellos pensamientos con decirles que su dios Huichilobos se lo había enviado á decir que esté preso. E á lo que entendimos é lo más cierto, Cortés había dicho á Aguilar, la lengua, que le dijese de secreto que aunque Malinche le mande salir de la prisión, que

(1) Herrera, loco cit.—Relacion de Andres de Tapia, pág. 584.

“los capitanes nuestros é soldados no queríamos. Y como aquello le oyó el Cortés, le echó los brazos encima, y le abrazó y dijo: “No en balde, señor Montezuma, os quiero tanto como á mí mismo. (1) Logrado por Cortés imponerse á la ciudad con un acto de atrevido atrevimiento, como el castigo de los nobles que á los castellanos mataron, volvió la atención á la naciente Villa Rica. Para llenar la vacante dejada por Juan de Escalante nombró á un hidalgo llamado Alonso de Grado, hombre más dispuesto á negocios que á cosas de guerra y partidario además de Velázquez; dióle sólo el cargo de capitán de la guarnición de la villa, á fin de entender en la conclusión de la fortaleza; y aunque el agraciado pretendió la vara de alguacil mayor, ya D. Hernando la había confiado á su amigo Gonzalo de Sandoval. El nuevo comandante llegó á la pequeña colonia, y en lugar de cumplir con sus obligaciones, se entretenía en darse buena vida y jugar, mostraba mucha gravedad con los vecinos, hacíase servir como gran señor, demandando por los pueblos de los vecinos le diesen joyas de oro é indias hermosas; además entraba en pláticas con los soldados diciéndoles: que si se presentaba Diego Velázquez ó alguno de sus capitanes, les diesen la tierra uniéndose á ellos. Por la posta fué informado D. Hernando de aquellos procedimientos, y para poner remedio, sobre todo en que la guarnición se pasara á Velázquez, dió orden de marchar á Gonzalo de Sandoval, acompañado de Pedro de Ircio: fuera del encargo de sus obligaciones, llevaba orden de prender á Alonso de Grado y remitirle á México, debiendo también enviar dos herreros con sus fuelles y herramientas, las dos cadenas gruesas ya fabricadas, fierro, velas, jarcias, pez, estopa y una aguja de marear, pues pensaba labrar dos bergantines, á fin de enseñorearse del lago. Sandoval llegó á la Villa Rica, tomando posesión de sus empleos sin dificultad ninguna; salió útil administrador, valiente soldado, partidario fiel de su general; se dió á querer y á estimar entre la guarnición, se hizo amar y respetar de los totonaca, adelantando mucho en la construcción de la fortaleza. Cumpliendo lo ordenado remitió á México las personas y los útiles pedidos, bajo la custodia de los indios. Alonso de Grado fué puesto en el cepo; mas tales mañas supo dar

(1) Bernal Díaz, cap. XCV.

se y tales ofrecimientos hizo, que á los dos días quedó en libertad y con la amistad de Cortés. (1)

Cuarenta y seis días después de la entrada de los castellanos en México, lo cual determina la fecha 24 de Diciembre, habiendo rogado D. Hernando al rey Cacama le diese algunos de sus criados para acompañar á los españoles que enviaba á visitar á Texcoco, salían de México los dos príncipes acolhua Nezahualquētzin y Tetlahuehuezquilitzin con veinte peones españoles; al llegar á la orilla de la isla á fin de embarcarse, en las casas que ahí tenía Nezahualcoyotl, los alcanzó un mensajero de Motecuhzoma, quien tomando aparte á Nezahualquētzin le dijo de orden de su señor, tratasen bien á los blancos y les diesen cuanto oro quisiesen, pues tal vez de aquella manera lograrían se contentase el capitán y los dejase libres. El jefe de los peones, mirando lo que pasaba y sin entender la plática, desconfió no fuera aquello una felonía, y sin más averiguación dió de palos á Nezahualquētzin, llevándole en seguida á presencia de Cortés como culpado de traición. Con experiencia de cuanto le habían sufrido, D. Hernando no tenía temor en desmandarse; así, inmediatamente procesó á su modo al príncipe, mandando ahorcarle en el acto. Aunque resentido Cacama de la injusta muerte de su hermano, mandó á un tercer hermano Tecpacxochitzin para acompañar á Tetlahuehuezquilitzin y veinte castellanos. Fuéronse á Texcoco, escudriñaron la ciudad muy á su sabor, “recogieron todo el oro del tesoro de Nezahualcoyotzin y una arca muy grande de dos brazos en largo, una en ancho y un estado en alto, la hincheron hasta arriba de oro, y no contentos los españoles mandaron á Tetlahuehuezquilitzin y á los demás señores de la ciudad que juntasen más oro, porque el que habían sacado del tesoro del rey era poco, y así cada uno de aquellos señores sacó de su tesoro cierta cantidad de oro, con que tornaron á henchir otra tanta cantidad como la primera.” (2) Quedó satisfecho Cortés del rico metal, le agradó la relación de la ciudad acerca de su riqueza y población, no siendo de menor importancia las promesas del rebelado príncipe Ixtlilxochitl, por entonces la persona más poderosa en Acolhuacan.

(1) Bernal Díaz, cap. XCVI.

(2) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim, cap. 86. MS.—Relac. XIII, pág. 4.

Cacama opinó siempre por recibir de paz á los hombres blancos y barbudos. Cuando éstos se aposentaron en Tenochtitlan, quiso se les guardasen los fueros debidos á los embajadores de un gran rey; á la vista despues de la prision de Motecuhzoma, del suplicio de Cuauhpopoca, de los excesos cometidos por los extranjeros y muerte injusta de su hermano, comenzó á solicitar á los nobles méxica á fin de hacer la guerra á los invasores, arrojarlos de la ciudad y poner libre al emperador. Sus indicaciones no obtuvieron resultado alguno; Motecuhzoma cegado primero por la supersticion, estaba para entónces completamente subyugado por el miedo; los méxica, acostumbrados al despotismo más absurdo, carecian de propia voluntad obedeciendo ciegamente los mandatos de su señor. Despechado Cacama de no encontrar quien respondiera á su tardío desengaño, huyó de México á Texcoco resuelto á levantar á sus vasallos y ponerlos en campaña. (1)

(1) Ixtlilxochil, Hist. Chichim, cap. 86, MS.

CAPITULO V.

MOTECUHZOMA XOCOYOTZIN.—CACAMA.

Motecuhzoma en la prision.—Aparente respeto de los castellanos.—Liberalidad del emperador.—Anécdotas.—Paseos.—Construccion de dos bergantines.—Exploraciones en busca de los rios auríferos.—Reconocimiento del Coatzacoalco.—Prision de los reyes de Acolhuacan y de Tlacopan, de Cuiclahuac y otros nobles.—Motecuhzoma se reconoce súbdito del rey de Castilla.—Colecta de oro.—Monto y reparticion del tesoro.—Descontento entre los soldados.—Apacigualos D. Hernando.—Suceso desgraciado.

II tepatl 1520. Con la facilidad demostrada por el monarca, para pasar pronto de un estado mortal de congoja á la más absurda tranquilidad, Motecuhzoma olvidando estar en prision y la afrenta recibida al ponerle grillos, vivía resignado y aún contento en el cuartel de los españoles. Dejábanle la vida y el ejercicio del poderío absoluto, si bien subordinado al antojo de los blancos, y con ello se daba por satisfecho. Verdad es que las guardias le cerraban la salida á la ciudad, que las vigilantes miradas de los castellanos le perseguían hasta en las acciones más íntimas; pero en cam-

(Ixtlilxochil, Hist. Chichim, cap. 86, MS.)